

Miguel Ángel Oeste

PERRO NEGRO

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

MIGUEL ÁNGEL OESTE
PERRO NEGRO

TUSQUETS
EDITORES

1.ª edición: enero de 2024

© Miguel Ángel Oeste, 2014

Fotografías de los dípticos que abren y cierran el libro: © Ivan Giménez / Tusquets Editores

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-1107-391-2
Depósito legal: B. 20.709-2023
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores
Impresión y encuadernación: Unigraf, S.L.
Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Índice

Primera parte

La luna rosa está en camino.	15
¿Quién escuchará lo que yo diga?	19
O se sumerge en la tormenta.	23
Y de nuevo...	27
Quién puede saber.	33
¿Tan difícil de creer te parece?.	37
Cuentan su historia al viento.	43
Sin una cara donde ocultarse.	45
Llevo bastante tiempo esperando	51
Ha amado pero nadie nunca la vio llorar	55
Más oscuro que el profundo mar	57
Mi cielo del norte se ilumina.	69
Lo he visto escrito, lo he oído	75
Quizá me verás en el suelo	79
Y ahora dime, ¿a quién amas de verdad?.	89
Un perro de ojos negros llamó a mi puerta	95

Segunda parte

Richard	101
Janet.	113

Richard	123
Janet.	139
Richard	145
Janet.	159
Richard	167
Janet.	183
Richard	191
Janet.	203
Richard	211
Janet.	217
Richard	223
Janet.	235
Richard	241
Janet.	247
Richard	257
Janet.	269
<i>Lo que permanece y lo que cambia.</i> Epílogo del autor. . .	281
<i>Bonus Track</i> (Agradecimientos)	287

La luna rosa está en camino

El cielo rojo parece pintado con grafiti. De tanto en tanto, las nubes lo cruzan, desconchones de un mural ambicioso a punto de precipitarse a la tierra para sembrar el desconcierto. El viento se cuela entre las ramas de los árboles para inventar nuevos sonidos. Los olmos mudan las hojas secas, que caen en círculos al suelo mojado. En mi mente, su voz vuelve a sonar por la estancia, una grabación casera como la que le gustaba compartir junto a su madre, aunque ya no escucho sus canciones, solo las imagino. Si aún estuviese convencida de la señal que he aguardado todo este tiempo sin saber con exactitud qué esperaba, pensaría que es el anuncio de una profecía. Pero ya no creo en señales. Las desterré después de fantasear con ellas durante años.

He vivido oculta tras una sombra.

Solo existe la noche y el desvelo.

El insomnio recorre mi cuerpo, lo deteriora, roedores desgastando la memoria. Lo siento en mi carne flácida llena de manchas.

La mañana despierta con un azul relajante, pero mis ojos siguen abrasados por el picor y la negrura. Entonces, suena el teléfono y me sobresalto; no sé si es una fantasía del insomnio, si mi cordura deforma lo real, si los pitidos llegan de fuera de mi cuerpo o salen de mi interior para potenciar

la locura, el lodo por el que transito desde que el grito de mi hermano se quedó atrapado en mi cabeza. No me muevo, dejo que suene hasta que la llamada se termina; el sonido queda suspendido aún un rato en el aire.

A mediodía el teléfono vuelve a sonar, aunque hace años que no hablo con nadie. ¿Es otra señal? Empiezo a resquebrajarme, se desdibujan los contornos de mis brazos y piernas. Y poco o nada importa que no sea consciente de ello cuando por tercera vez suena el teléfono y, ahora sí, me acerco al aparato y me quedo a su lado sin tener claro si levanto el auricular o dejo que el pitido se extinga de nuevo.

De lo único de lo que estoy convencida es de que esta historia, en la que sobran las especulaciones, empieza con una visita y termina con una muerte. La historia de un músico ignorado en vida que empezó a ser escuchado según pasaban los años. Y la historia de un actor que fue admirado mientras vivió y olvidado con celeridad cuando desapareció. La historia de alguien que nació con el estigma de los vampiros: esa maldición de no reflejarse en los espejos y de no ser comprendido por sus contemporáneos.

Hasta hoy.

Hasta que «Pink Moon» suena en un anuncio. El actor la oye un día de lluvia en un auricular que le ha dejado una muchacha. Ella se había detenido a curiosear ante el set de rodaje. El actor sintió que algo profundo ocurría en su interior, como ocurre en mi interior al oír su voz al otro lado de la línea telefónica cuando pronuncia el nombre de Nicholas Rodney Drake. La sensación de que alguien te muerde el cuello y pierdes la condición humana para transformarte en una sombra.

Tras su muerte quise escribir su biografía para seguir conectada como fuera a su imagen. Sin embargo, a pesar de

haber preparado las entrevistas con las personas que lo conocieron y de anotar ideas y recuerdos, no fui capaz de empezarla. Me puse todo tipo de excusas. Dudaba de que aquello le interesase a alguien. Era una forma de sabotear el proyecto. Ofertas para escribir sobre su vida no me faltaron. Soy una de las pocas periodistas que había conocido al torturado cantante de folk. A eso había que añadirle los rumores sobre nuestra relación. ¿A quién no le iba a interesar la historia a medida que crecía su leyenda? Y pese a que nunca he dejado de pensar en él, no fui capaz de ponerme a escribir.

Hasta hoy.

El día que regreso a mi estado natural. A lo que he sido durante todos estos años. Una Mina Harker anónima. El día en el que, después de coger el periódico y desplegar sus páginas, ha vuelto a suceder: «Morir inspirado por Nick Drake», dice uno de los titulares de la portada del diario.

Aunque todo comenzó antes. Mucho antes.

Con alguien que desaparece para renacer y con alguien que aparece para morir.

Entonces descuelgo el teléfono y escucho la voz rasposa de un hombre. Me dice que se llama Richard West. Es actor y me quiere entrevistar porque prepara una película sobre Nick Drake. Estoy a punto de colgar. Casi suplica que no lo haga. Miro a través de la ventana el azul camuflado.

Tal vez tendría que haberme dado cuenta, avisarle del peligro que corría si traspasaba ese indefinido umbral. El azul del cielo simula ser una cortina que da cobijo a los fantasmas.

Creo que se lo dije aquella primera vez que hablé con él por teléfono: «Nick no está muerto o no es un muerto como los demás». Pero cómo estar segura de que se lo advertí.

El pasado abierto y revuelto otra vez.

El pasado: dos colmillos que se hincan en la memoria para chuparnos la sangre y dejarnos desmadejados, translúcidos.

Pude detenerlo, evitar que lo hiciera, pero no lo hice. Más bien lo empujé, provoqué lo que sucedió.

¿Quién escuchará lo que yo diga?

—Por curiosidad, ¿cómo conseguiste mi teléfono?

—Los magos no revelan sus trucos —dice con una amplia sonrisa. Noto que centra toda la atención en mí e intenta escharbar en mi escepticismo.

—¿De verdad crees que a la gente le podría interesar una película sobre Nick?

—Si no lo creyese no me habría tomado tantas molestias en encontrarla.

—Tutéame, Richard, no eres tan joven para que me consideres un vejestorio. ¿Y qué quieres saber de él?

—Todo.

—¿Todo? ¿Quizá lo único que te importe sea desvelar el misterio de si su muerte fue un suicidio o un accidente? Pero eso no te lo puedo revelar. Un día te diré que fue un suicidio y otro un accidente. Así que podrías ser más concreto. ¿Qué significa todo?

Lo pongo a prueba para ver si titubea siquiera unos segundos. Apenas aparta sus ojos de mí. No lo hace ni cuando echa hacia atrás su salvaje pelo castaño, ni cuando hojea la libreta Moleskine, ni cuando, con su robusta mano derecha, se frota la incipiente barba, ni cuando uno de los gatos se rasca contra sus piernas para reclamar caricias. Tan diferente y tan parecido a Nick, pienso. Solo alguna vez

desvía la mirada hacia los cientos de muñecas que decoran el salón.

—Bueno, usted..., tú lo conociste. De momento, que fuera un accidente o un suicido no es relevante. Necesito que me cuentes todo lo que no ha salido a la luz, los secretos, la historia no oficial; las extrañas desapariciones que duraban días; adónde iba o qué hacía si sus padres siempre dijeron que no tenía dinero ni para alquilar la habitación de un hostel durante esas huidas; si es cierto lo que un periodista insinuó acerca de los intentos de suicidio silenciados por sus padres; sus ataques depresivos; los rumores sobre su sexualidad...

—No vayas tan rápido. Supongo que la gente del cine saltáis de una cosa a otra... Déjame seguir. Coincidí con él en la universidad. Conversábamos. Durmió en mi casa alguna vez. Y ni siquiera así me atrevo a afirmar que lo conocí. Nick era un acertijo. Un horizonte vago. Alguien hermético que no se abría a los demás. Un misterio.

—Los misterios se desvelan.

—Algunos son misterios perdidos. Yo misma pensé en escribir su biografía hasta que me di cuenta de que no valía la pena y abandoné la idea. No pongas esa cara. Lo que pretendo decirte es que voy a ayudarte. Estoy segura de que con una película o una novela se puede alumbrar una parte de la persona a la que la biografía no llega. ¿Sabes a lo que me refiero? Voy a preparar té. Aunque estemos en Nueva York, como fiel inglesa, cumplo con las tradiciones. ¿Te apetece uno?

—Gracias. ¿Puedo fumar?

—Por supuesto. Me encanta el olor a tabaco.

En aquella época vivíamos envueltos en humo de cigarrillos. Hasta los pensamientos se impregnaban de olor a nicotina. Pero esto ya no sé si se lo dije al actor, que estaba aco-

modado en un sillón del salón apartando a los gatos que se restregaban contra él, o me limité a pensarlo para permitir una escapada momentánea a mi memoria.

Nick sentado en un sofá con sus largas piernas cruzadas y un Gauloises entre los dedos. Solo fumaba Gauloises y marihuana. La calada colectiva de la marihuana en una fiesta en la que Nick estaba sin estar, una aparición vaporosa. Nick da otra calada desde el sofá donde contempla a los invitados como si fuese un extranjero. Y yo lo veo, lo reconozco de Harlech, cuando paseaba por la playa junto a la casa de Victoria Ormsby-Gore. Debo de ser una de las pocas personas que compraron su primer disco. Deseo acercarme a él y hablarle: ¿qué le voy a decir?, ¿qué?, pienso. La noche y los recuerdos impregnados del peso viciado de los años y el olor de los cigarrillos. Inspira, Janet Stone, pienso. Inspira y recuerda: alguien pasa una bandeja de porros, Nick coge uno, su Gauloises consumido, yo consumiéndome en la indecisión; la armónica de Bob Dylan suena de fondo como si pretendiera absorber el humo; los ojos me pican por el ambiente cargado; la moqueta está descolorida y llena de pequeñas quemaduras; los cuerpos se mueven por la sala como si estuvieran en una pecera; yo no me muevo, yo le miro y me repito: ¿voy o no voy?

La armónica de Dylan silba y se confunde con la tetera de mi cocina, que avisa de que el agua está hirviendo. Desde la distancia le pregunto, ¿quieres un poco de leche, Richard?

—Una gotita fría —responde, mientras exhala el humo de sus pulmones y se mezcla con el aroma del té.

—¿Sabes?, a Nick suelo imaginarlo con un Gauloises entre los labios. Fumaba constantemente esos cigarrillos. Aspiraba cada una de las caladas a conciencia. A veces he llegado

a creer que Nick era el humo que desprendían los cigarrillos, no la persona que fumaba. Y no sé si lo sabías, el eslogan de esa marca fue «Libertad siempre». De acuerdo, se ajusta a la época, sin embargo Nick nunca se sintió libre y conforme fue creciendo, más atrapado se sentía. Disculpa el desorden de mis pensamientos. Quizá esta asociación obedece a que lo conocí en el baño de una fiesta justo después de que sacase el primer disco. Pero ahora tengo curiosidad por conocer la manera en la que te propones revelar una figura tan escurridiza.

—Si te digo la verdad, aún le doy vueltas a cómo lo haré. Te confieso que cuantas más incógnitas aparecen, más obsesionado estoy por su historia.

—Si estuvieras seguro de algo, no conseguirías nada. Hoy se dice que fue como un guía, un ángel, un profeta. Se equivocan. Nick te muestra la oscuridad del más allá. Te cubre con ella para alimentarse. Y si no estás prevenido o no tienes la entereza suficiente, sucumbirás sin remedio. Puedes escuchar sus canciones, pero tras ellas hay algo más, una puerta que te enseña el abismo al que aluden. Robyn Hitchcock lo expresó muy bien: «Es una maldición que envuelve al que escucha». ¿Te has quedado mudo o acaso piensas que soy una demente? Eh, igual lo soy. Así que tampoco hagas demasiado caso a lo que te diga.

—No creo que estés loca. Creo que haces tantas alusiones a fantasmas por una razón muy sencilla: tú eres la persona a quien él acudía en sus noches de insomnio. Su fantasma particular. Y tú, Janet, no eres otra cosa que el amor perdido de Nick Drake.